

este nombre, sino cuando sus individuos están unidos por los lazos de una mútua estimacion, y de una amistad cordial y franca. Por esto la religion, atenta siempre á la felicidad de los hombres, pone todo su cuidado en apartar de ellos todas las causas de division. El mundo dice: vengaos; satisfaced vuestras pasiones á cualquier precio; sacrificadlo todo á vuestro interés: el Evangelio, al contrario, dice: perdonad; no os dejéis llevar de deseos ambiciosos; corregid vuestro mal genio; no seáis tercos en vuestras opiniones; sufrid con paciencia las faltas de vuestros hermanos; conservad la union en cuanto de vosotros dependa.

Hé aquí los verdaderos principios de la civilizacion; miéntas ellos no se pongan en práctica, la sociedad no será perfecta y feliz. En sus primeros tiempos, la sociedad cristiana dió al mundo este espectáculo; y no fué esta ciertamente una de las causas ménos importantes de la conversion de la sociedad á Jesucristo. Todos sus individuos formaban un solo corazon y una alma sola; se les reconocia, tanto por el amor que se profesaban unos á otros, como por la inocencia de su vida, y por la pureza de sus costumbres. Habia entre ellos riquezas y pobreza; pero no habia pobres ni ricos. La caridad lo hacia todo comun; bienes, comida, deseos; habia en ellos una sola voluntad, la voluntad de Dios; un solo espíritu, el espíritu de Dios; un solo interés, el interés de todos. La sociedad actual debiera tener á la vista este modelo, y trabajar para acomodarse á él. Solo por este medio podrá ser una sociedad verdadera; podrá ser esa sociedad unida, perfecta, feliz, que Jesucristo se propuso fundar.

No digo más por mi parte; vosotros completareis en vosotros mismos el cuadro que yo me limito á bosquejar. Cada cual debe preparar ese porvenir en la proporcion que sus respectivas fuerzas le permitan, revistiéndose de un espíritu de orden, de suavidad y de justicia, dando á cada cual lo que le pertenece; á Dios, la adoracion y el amor; al César, el tributo y la obediencia; y á todos, nuestros auxilios y nuestros servicios. Y de esta suerte, despues de haber formado acá en la tierra una sociedad agradable, pero pasajera, mereceremos gozar de la sociedad eterna de los escogidos. Amen.

Véase: DEBERES DEL CRISTIANO PARA CON LA SOCIEDAD.

CODICIA. Véase: AVARICIA.

COFRADÍAS.

Va soli! quia cum ceciderit, non habet sublevantem se.

¡ Ay del hombre que está solo! pues si cae, no hay quien le levante.

(Ecl. iv, 10.)

Las Cofradías y asociaciones aprobadas por la Iglesia, hermanos míos, son eficacísimos auxilios concedidos á nuestra debilidad, para inducirnos á la práctica del bien y á perseverar en él. Respetables por la autoridad que las consagra, santas por los objetos á que se refieren, no ménos que por el fin que se proponen, esto es, la honra de Dios, y la santificacion de nuestras almas; enriquecidas con indulgencias, que redimen nuestras muchas deudas, y suplen la imperfeccion y la insuficiencia de nuestras obras; las Cofradías y asociaciones, aprobadas por la Iglesia, merecen toda la estimacion del verdadero fiel.

La impiedad las condena como vanas supersticiones; el mundo las desdeña como prácticas pueriles, indignas de la majestad de la fe; más el cristiano, convencido de que la Iglesia nada autoriza que no sea santo y laudable, y que nada hay insignificante en nuestra sublime religion, no ve en esas irrisiones y desprecios, sino un motivo de más para apreciar y venerar las citadas devociones.

Por esto me propongo, hermanos míos, 1.º manifestaros las ventajas espirituales, que nuestras almas consiguen por medio de las Cofradías y de las devociones autorizadas por la Iglesia; y 2.º explicaros la obligacion que han contraído los cofrades de observar los estatutos. A. M.

1. Si nosotros fuéramos unas inteligencias puras, no tendríamos sin duda necesidad de apelar á esos auxilios para elevarnos á Dios, y avivar en nuestro corazon la llama de un santo celo por la virtud; la ley, por si sola, arreglaria nuestras costumbres; ello es, sin embargo,

que nuestros sentidos influyen en la imaginacion, y la imaginacion influye en nuestra alma. ¡Ah! ¿quién desconoce los estragos que estos sentidos sediciosos ocasionan, y las tempestades que promueven? Y si queremos sujetarlos, puesto que aspiran sin tregua á tomar sobre el espíritu un ascendiente funesto, ¿puede darse un medio más prudente, que multiplicar los lazos que los encadenan, las reglas que los someten, las barreras que coartan su fogosidad impetuosa, y moderarlos por medio de una severa disciplina, de suerte, que solo tengan libertad para obrar el bien?

¡Si al ménosuviésemos la fe y el fervor de los siglos evangélicos; si estuviésemos todavía bajo aquella impresion, y, permitaseme expresarme así, si respirásemos en aquella atmósfera de gracias y de virtudes en que vivian los primeros fieles, atendida la corta distancia que los separaba de los lugares y de los tiempos, que aun los alentaban con sus suaves emanaciones y celestiales influencias, recordándoles, como hechos recientes, la vida del Salvador, sus obras, sus milagros, la venida del Espíritu Santo, la santidad de sus discípulos; pudiéramos fácilmente prescindir de estos auxilios, que la religion presta á nuestra debilidad, como medios de conseguir el aliento y la perseverancia! Más, por desgracia, hermanos míos, no podemos decir lo mismo en los tiempos que hemos alcanzado; tiempos de frialdad y de languidez: la fe se extingue, la piedad se debilita, las costumbres se pervierten más cada día. Así como los católicos eran hombres enteramente espirituales por su desapego á las cosas de la tierra, y por su íntima y constante union con Dios; nosotros, por el contrario, nos hacemos más terrenales y más groseros; de suerte, que el espíritu de Dios ya no reside en nosotros, porque nos hemos vuelto muy carnales; pertenecemos á una sociedad que se materializa. Es necesario, por consiguiente, ofrecer nuevos atractivos á la piedad, para reanimarla; á la fe, para despertarla; á la virtud, para que recobre sobre los corazones su suave imperio; y hé aquí, sin duda, porque la Iglesia ha multiplicado en estos últimos tiempos esas devociones y asociaciones piadosas, que juzgaba ménos necesarias, cuando el fuego de la caridad se conservaba y alimentaba de sí misma, y cuando los creyentes no formaban, en su mayor parte, sino un corazón y un alma.

Todo cuanto tiende á unirnos en las ideas de paz y de amor, nos mejora y perfecciona. ¡Ay del hombre que está solo! pues si cae no hay quien le levante: *Vae soli! quia cum ceciderit, non habet sublevantem se.* Eccl. iv, 10. Una vez admitido en una sociedad de hermanos, cuenta con el apoyo de los demás, y se alienta y estimula

con el ejemplo de sus compañeros que siguen por el mismo camino. El alma se engrandece y se inspira por medio de la asociacion; cada individuo saca de su union con el cuerpo toda la fuerza del cuerpo mismo. Y ¿cuántos frutos no puede producir en una parroquia una Cofradía bien ordenada? Fermenta como una levadura preciosa, que puede santificar toda la masa. Preserva la inocencia, mantiene á la juventud en la práctica de las virtudes, dá eficacia al celo y á la caridad; por este medio se venera la piedad, se frecuentan los sacramentos, y se santifican dignamente los días del Señor: por este medio se edifica á los fieles, se promueve el adorno y la magnificencia de los altares; y se realza la solemnidad de las santas ceremonias y de los cánticos, con la ordenada concurrencia y la gravedad de los fieles que siguen en pos de su estandarte. Las Cofradías son el lazo que une los corazones, el ornamento de la Iglesia, el ejemplo de los fieles, la alegría del párroco, *un digno espectáculo que se da á Dios, á los ángeles y á los hombres.* Obstinarsen que estas prácticas, tan santas y fecundas no son sino fórmulas estériles, tiempo perdido, y vanas observancias, es cerrar voluntariamente los ojos á la evidencia. Sin duda, hermanos míos, puede abusarse de las mejores instituciones, y no pretendo excusar á las almas presuntuosas que creyerán haber cumplido con los deberes de la justicia, inscribiendo su nombre en una Cofradía, aun cuando fuese la más autorizada y respetable; pero no debemos confundir el abuso, que nuestra malicia ó ignorancia pueden hacer de una institución, y el bien que la prudencia puede sacar de ella por medio de una práctica santa y legítima: los abusos proceden del hombre, las ventajas están en la cosa misma; y bien puede asegurarse, que una asociacion prudentemente dirigida, y las prácticas de devocion religiosamente observadas, son otro de los medios más eficaces de santificar una parroquia, ó regenerarla, si en ella ha decaído el espíritu de su primitivo fervor.

¡Admiremos, hermanos míos, como la Iglesia ha manifestado una santa prodigalidad en el fomento de estos auxilios espirituales, y un santo ingenio en la variedad de formas para satisfacer todas las inclinaciones, y acomodarse á todos los atractivos de la piedad! Uno es, sin embargo, el fin que se propone y á que tiende, á saber: la gloria de Dios, y la reforma de las costumbres. ¡Véase, empero, la admirable variedad de medios que emplea para conseguir su objeto! Cuando se considera con los ojos de la fe esa multitud casi infinita de edificantes Cofradías, de tiernas devociones, con que procura excitarse la emulacion de los fieles, ¿quién no reconoce en esta obra el rico y precioso *tejido de varios colores y diferentes adornos*, que el Profeta habia

admirado en la Reina, es decir, la Iglesia, adornada en el día de su gloria? Citaré las Cofradías más conocidas, y que han merecido especial preferencia á los católicos.

La cofradía del *Santísimo Sacramento*, ó sea la *Minerva*, procura continuos adoradores al más augusto de nuestros misterios: asocia los hombres con los ángeles en la guardia invisible que estos espíritus bienaventurados hacen alrededor del tabernáculo del *Dios oculo*, del Dios á quien muchas veces dejamos solo; la Cofradía del *Sagrado Corazon*, que lleva á los hombres á nutrirse del amor divino en su manantial, con su celo, compensa la frialdad y el olvido de los hombres, repara con sus desagrazos honoríficos su gloria ofendida, y multiplica las bendiciones, las alabanzas, las acciones de gracias, en proporcion á las irreverencias y á las profanaciones; la Cofradía del *Escapulario*, que respira los suaves perfumes del Carmelo, y ostenta la majestad de sus recuerdos, las maravillas de sus tradiciones, la riqueza de sus indulgencias, la multitud de sus milagros, y la garantía de sus promesas; la Cofradía del *Rosario*, cuyos piadosos ejercicios, continuacion y complemento del oficio divino, contribuyen á la santificación de los domingos y de los días de fiesta, prolongando el tiempo de la oracion, dedicando á las alabanzas de María y al culto de la inocencia, las horas destinadas á la disipacion y á los pasatiempos frívolos: tierna asociacion, que coloca una corona de gloria en la frente de la Reina de las vírgenes, cada vez que reza la corona de oraciones que le está consagrada; la Cofradía del *Rosario continuo*, que quiere constituir por sí propia esa corona de honor, y formar á María una diadema real de piedras preciosas, pero vivas y animadas, es decir, de los corazones de sus devotos servidores; la Cofradía de la *Buena Muerte*, que nos enseña á poner en orden nuestra vida, y que acostumbra á nosotros todos los días á pensar en los últimos momentos, nos garantiza la victoria en la postrera de nuestras luchas.

Y ¿cuánto pudiera decir todavía, hermanos míos, de las diferentes devociones autorizadas y recomendadas por la Iglesia, si el breve tiempo de que puedo disponer me permitiera examinar y exponer todos los pormenores de un punto tan vasto? La devocion de las *Cuarenta Horas*, que nos enriquece con tantas gracias y bendiciones, que nos preserva de tantas caídas, nos retrae de tantos peligros, y sirve de expiacion á tantos escándalos! La devocion de la *Cruz*, y sobre todo, de ese camino doloroso que Jesucristo dejó trazado con su sangre, y que la fe nos aconseja regar con nuestras lágrimas: ejerci-

cio el más saludable quizá, el más copioso en frutos de salvacion y el más propio para todos los estados y para todas las necesidades; camino que presta luz al entendimiento, uncion y suavidad al corazon; que nos pone de manifiesto todas las verdades en escena y todas las virtudes en práctica; camino donde el ignorante aprende á conocer el valor de su alma, la severidad de la justicia y la infinita bondad de Dios; donde el sábio puede estudiar lo que no se aprende en los libros; donde el justo acrecienta su ódio al pecado, y cobra nuevo amor al divino Maestro; donde el pecador siente ablandarse su corazon bajo la tierna mirada de la Víctima inocente, que expia ajenas culpas; donde el afligido se consuela con las dulces lágrimas, que le hace derramar la idea de un dolor, que ningun otro dolor iguala! THREN. I, 12. La devocion del *Mes de María*, que, por medio de agradables armonías, reúne al mes más florido y más risueño del año lo más amable é indulgente que posee el cielo, lo más accesible á nuestra debilidad, y lo que la tierra nos presenta como tipo de inocencia y de pureza; dulce incentivo ofrecido á la juventud cristiana, para distraerla de los regocijos disolutos y de los cantares profanos, con el atractivo de las pompas santas y de melodiosos cánticos.

Ved aquí, hermanos míos, los tesoros de gracias y de santificación que la Iglesia proporciona á sus hijos. Vengan, pues, los sedientos á beber de las aguas de la vida: comprad sin dinero y sin permuta de valor alguno la leche y la miel de los consuelos divinos: *Omnes sitientes, venite ad aquas: emite obsque argento et absque ulla commutatione vinum et lac.* Is. LV, 1. Pero el inmenso cúmulo de riquezas os harán titubear en la eleccion: escoged, pues, entre todas las flores las que más os agraden á la vista; entre esos perfumes, el que se adhiera más á vuestro gusto; pues no pretendo ni debo pretender, que se establezcan todas las Cofradías que he citado, ni que todas esas devociones puedan practicarse, á la vez, en una misma iglesia. Al contrario, prefiero que la prudencia aconseje á la discrecion; porque es preferible, que se tenga puntualidad y exactitud en algunas prácticas de devocion, al expansivo fervor que quiere abarcarlas todas; más favorece á la Iglesia el fervor de los asociados, que el crecido número de las asociaciones.

2. Antes de concluir, no puedo dejar de recordaros, que estas piadosas instituciones no os aprovecharán, sino en cuanto observáreis literalmente sus reglas y estatutos, y os penetráreis de su espíritu: en vano conservaríais en vuestro poder los títulos auténticos, si descuidáreis la práctica de los ejercicios, y si dejáreis de llenar los deberes que os imponen, procurando que no caigan en desuso por falta de

vigilancia y de fidelidad: inútilmente os lisonjeariais de recoger los frutos, si el celo no los anima, si la piedad no los fecunda; puesto que el mérito no consiste en inscribirse en los libros de una cofradía, sino en corresponder á las obligaciones contraidas por medio de la inocencia de costumbres, y la edificacion de las virtudes. Almas piadosas, porcion escogida del rebaño, que sois fieles, no solamente á la ley, sino tambien á las máximas de Jesucristo; alentaos y propagad con vuestro ejemplo estas santas devociones. Las madres que deseen de todas veras la salvacion de su familia, inseriban á sus hijos, desde sus tiernos años, en los libros de alguna cofradía, y acostúmbrenlos á las santas prácticas que los estatutos prescriban. Y, por último, procuren todos los cofrades formar un solo corazon y un alma en el amor de Jesucristo y de su Iglesia, para conseguir la union íntima y eterna, que ha de ser su felicidad en el cielo. Amen.

DIVISIONES.

COFRADÍA.—Cualquier cofradía, por humilde, ó poco importante que sea, puede servirnos de grande auxilio, siempre que nosotros nos inseribamos en ella por motivos piadosos.

Toda cofradía, por importante que sea, nos ocasiona graves perjuicios si, al inseribirnos en ella, nos guia un espíritu de impenitencia.

COFRADÍAS.—El celo las instituye.

La devocion las fomenta.

El libertinaje las destruye.

CÓLERA.

I.

Omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio.

Quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene.

(*Math. v, 22.*)

Aun cuando Jesucristo no nos hubiese dicho en términos tan claros y formales, que no habia venido á destruir la ley antigua, sino antes á cumplirla y perfeccionarla; las máximas que nos dejó en su Evangelio, no nos permitirian en manera alguna dudarle. Ya sabeis, dijo á sus apóstoles, que se previno á nuestros mayores: No matarás; y aquel que matáre, merecerá ser condenado en el juicio; pero yo exijo algo más: yo os digo, que quien se encoleriza contra su hermano, merece ser condenado por la justicia; no os contenteis, pues, con una justicia semejante á la de los fariseos, que creen hacer mucho con abstenerse del homicidio y otros crímenes enormes, que escandalizan por sí mismos los sentimientos de la naturaleza: yo quiero que la vuestra sea más perfecta y extensa, pues si no excede á la de los supuestos sábios, os aseguro, que no entrareis en el reino de los cielos: quiero que sofoqueis de tal modo los sentimientos de aspereza y de cólera que abrigueis contra vuestro prójimo, que si al ir al altar para presentar vuestra ofrenda, os acordais de que vuestro hermano está quejoso de vosotros, la dejéis allí para ir á reconciliaros con él. Ya veis, pues, amados hermanos míos, cual es la perfeccion que Jesucristo nos impone: quiere desterrar de nosotros toda ira, todo desabrimiento, todo resentimiento contra el prójimo; quiere que la caridad sea la señal distintiva de sus verdaderos discípulos. Ahora bien: pocos deben de ser los cristianos perfectos, puesto que son tantos los que se dejan dominar por la cólera. Casi no hay